

Crónica Literaria

16 - XI - 69

Por ALONE

"En la Ruta de los Parásitos", novela por Alberto Santelices (Osorno). Por costumbre, por hábito rutinario, dicen todavía muchos o siguen pensando que los escritores chilenos, en este país de costas, no miran bastante al mar, no lo celebran, describen y cantan suficientemente.

Una simple ojeada a los Premios Nacionales que Hernán del Solar acaba de ponernos a la vista en su excelente libro conmemorativo "Cinco años de esa creación".

Nuestra literatura se ha hecho navegable.

Abra la novela (no podía menos) "El amorante del Jaque fantasma" y le siguen "El Matador de Tiborones", "Chilleros del Mar", "Lanchas en la Bahía", "Tierra de Océano", "Cabo de Hornos", pléyade que integra el poema máximo, por sí mismo un océano.

Cada uno — D'Halmir, Salvador Reyes, Mariano Latorre, Manuel Rojas, Benjamin Scherzazaux, Colonne, Nerada — aporta su isla, su equina y su voz sin contar otros, fuera de la isla, como el "Monumento a Roca", de Huidobro, formando una escuadrilla respetable, capaz de resistir muchos temporales.

Con la erudita reverencia, y sin olvidar las proporciones, confesará que ninguno me ha dado una emoción tan directa y real del mar como el desempeño de su misión, del hombre de mar apasionado y competente, como el autor de esta obra cuyo título despierta un poco: "En la Ruta de los Parásitos", por Alberto Santelices.

¿Quiénes son los "parásitos"? ¿Por qué, con qué intención figura allí ese término?

La explicación lleva a penetrar la entera del libro, su doloroso drama, su cueja sacristía, sufrimiento y jura.

Se trata de la Marina de Guerra, y, condensada en su suero, la del país, la del momento histórico y la crisis de nuestra civilización.

Nada menos.

Lo prodigioso y excepcional es que, pese a su trascendencia y a que el conflicto se dibuja nítido, no hay declamaciones, ni divagaciones, ni teorías, ni sueños. Ni siquiera sentimentalidad.

Muchos Verónicos, presentes, patéticos, hombres solitarios y conmovedores que tribujan y luchan profesionalmente, batallando día a día, cuerpo a cuerpo con el deber, heridos en el alma, valientes y serenos de la pura tan sencilla que así lo quieren y se ajustan a ella.

¿Por qué otros sapientarios por la magia de la imagen y la evidencia de los periodos encendidos? Alberto Santelices los vence por el conocimiento y la noble experiencia. Los demás admiten una sospecha de que han ido al mar con intención política y que han aprendido cierto vocabulario. Alberto Santelices lo emplea como su idioma. No cede de explicar ni decirlo, da por sentado que los demás lo hablan y usan en la vida su léxico y su gramática.

En todo, un sexto sentido de ridad, le evita obscuridades que podrían desconcertar. Lejos de eso, su relativa indecisión favorece el relato, le proporciona imprevistas resonancias y convence de que el narrador sabe lo que dice, insinuando que, a sus ojos, no es un ignorante y puede aún ser tratado como capaz de entender.

Si Alberto Santelices ha empleado ese procedimiento como técnica, no habría podido hallar otra mejor; pero probablemente lo ha hecho por intuición, porque aquello le sale así, naturalmente.

La impresión que produce es de una autenticidad absoluta. De ella, como fruto lógico, el convencimiento alcanzado.

Empezar la historia.

"Era un día de sol en el puerto marino de Teshachao. Dos pequeñas escaldas empezaban a filtrarse lentamente por la compuerta del dique. Luego se transforman en dos pequeñas estratadas de agua blanca y espumosa, que van inundando lentamente el abismo del concreto en cinco fondos sacn varado un buque. De pie en la toldilla el teniente Thenon observa distraído cómo se escurre el agua por el fondo del dique y cómo flotan pequeños madefos junto a sacristías de viento blanco. Hacía más de un mes que habían entrado con el buque; las compuertas, al cerrarse, las dejaron aprisionadas y en seco. — ¿Cuanto tardará para salir?

se preguntó. Pensó que ello debería ser a las once de la mañana. Miró su reloj pulsera. Aún faltaban dos horas. Lanzó al agua los restos del tabaco de la pipa que fumaba y se dirigió despreocupadamente hacia el puente de gobierno. Se afirmó en la rueda del timón. Las vidrios de la ventana de corredera del puente le devolveron su imagen. Se acercó a la portaba. El improvisado espejo mostraba una figura curiosa, pero agradable. Con elementos tan simples, en sus tan lano, objetivo, sereno, la narración va desplegándose ante nuestra vista, ya tranquilamente iniciada.

Aparece un guardamarina jovencito, recién salido de la Escuela Naval. Luego otros hombres de la tripulación. Todos se lavan, se abonan, visitan la tienda reclamatoria. Uno empieza a preguntarse con curiosidad, ¿o sin a leve recobrada, lector de novelas ante una historia incipiente, cuáles premos, cuál será el rumbo, qué fin tendrá.

¿Suspense?

No tanto; pero un poco.

Zirpa el buque remolcado y encendido para el zar. Va a Punta Arenas. Allí eran las oraciones; para un esquivaría nunca está seguro de su isla. De pronto, un llamado de auxilio inesperable los lleva a toda esquina en sentido contrario. Al norte hay un pequeño al garito y pide auxilio. Órdenes, venci, tráiganlo, maniobras, agitación a bordo.

Un pacto se inicia en el alma del que asiste a todo eso, inevitable e irremediable involucrado con el libro, cuyas páginas desfilan rápidas, pero sin soltar su secreto, ese hilo enigmático.

Son allí en los últimos capítulos, desastrosos los fugares escenas de amor, "Desamarrados desan y se van", apenas cruzan dos o tres mujeres hipodérmicas empujadas, la fuerza de pruebas tangibles, del sacrificio, de la disciplina frígida, del valor que no cede en las tempestades, movida por el riesgo y aguilante amor a Chile que todos aquellos hombres sienten desde adentro y el desprendimiento venenoso que que lo sirven, obedientes a un mandato del alma, de los nervios, de la entraña, entonces, en una sola palabra el motivo de la historia, salta, como un asalto.

Sucedó en Valparaíso, a poco de haber desamarrado, felices de verse vivos después de un infernal viaje, que los puso a dos decos de la muerte y tras haber librado la vida a otros, empujados por el furioso mar, un desfile, escudando de muchachos melenudos, volterantes, puño en alto, frenéticos, como persuadidos de su misión revolucionaria, pasa gritando en sus de guerra: abajo la guerra de... que cesan los bombardeos en... mueran los bucalistas... Uno de ellos, viendo al comandante de Marina, muerto de hambre, de sed, de sueño y agotamiento, pero impasible, no puede resistir, estupe "con arco" y le lanza, rabiamente:

— Parásito.

Tiene Alberto Santelices el buen gusto un tanto herido de retirar todo patulismo. "Los buenos sentimientos hacen los malos libros". Al verse amenazado, deriva hacia la leona apenas leída de amargar. Y scarlo. Comprende. Se encarga de hombres. No devuelve al insultador golpe por golpe al lo atrevido: tal cuidado lo deja al lector. Para eso, la realidad, los hechos, las andanzas, el sacrificio, el poco sueño, la ninguna esperanza material, la pasión vital por el oficio que desafía la muerte.

Todas las viejas victorias que, escuchadas, se anulan, cobran en la acción poder irresistible.

Lo que no logra el refinamiento de quienes aguar al arte y malifican sus combinaciones, graduándolas, opoménicos, contrastándoles, es lo que marcha a paso militar y breve, sin adornos, brusco a ratos, lo obvia moderna y naturalmente: aprieta la garganta, cierra un momento el libro y, aflojado el lazo de la emoción, reabrirlo para seguir leyendo, mas no como quien lee, sino como e, que premia y vive.

Su acercamiento a la realidad alcanza límites en que más de un veterano delenda su acceso a la literatura, alegrando aceto porque los retóricos se ahogan a todo, falta de estilización, ausencia de compostura, esquematismo y prosa.

Mejor.

Es lo que se necesita.

Pedra Roja, noviembre de 1969.

"En la ruta de los parásitos" [artículo] Alone.

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"En la ruta de los parásitos" [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile